

#### **IV- VALORACIÓN DE LA TRADUCCIÓN LITERARIA DEL JAPONÉS AL ESPAÑOL**

Como hemos ido viendo a lo largo de este trabajo, a través del análisis de todo tipo de dificultades, puede deducirse que la traducción de literatura japonesa al español es una labor verdaderamente difícil, que requiere no sólo numerosos conocimientos de la lengua y cultura japonesa, cuya adquisición supone el doble o triple de tiempo que si se tratara de una lengua occidental, sino también grandes dosis de paciencia, tiempo y esfuerzo, así como buenos conocimientos de la lengua materna o lengua de destino.

En la traducción continuamente nos vemos obligados a buscar palabras, que a veces son arcaicas o están en desuso, expresiones, etc., investigar sobre el contexto y las referencias históricas o culturales. costumbres, etc., con el fin de solucionar los problemas que inevitablemente aparecen en todo texto.

Posteriormente, después de comprender el texto, exige un gran esfuerzo verterlo a la lengua de destino, en este caso, el español, desplegando toda una serie de recursos, de tal forma que, sin desviarnos del sentido original, sea comprensible a los lectores de una cultura totalmente diferente.

Asimismo, la traducción exige en todo momento decidir sobre una serie de pequeños detalles de todo tipo (fónicos, gramaticales, sintácticos, semánticos, etc...) de los cuales depende en gran medida la comprensión de los lectores así como la buena calidad del texto.

Valoración de la traducción literaria del japonés al español.

Una vez acabada la traducción, la labor de revisión, para la cual conviene contar con la colaboración de alguna persona nativa especializada, puede llevar tanto tiempo como la traducción.

Hay que pulir el estilo, y aquí entran en juego los conocimientos del traductor de su lengua materna y sus recursos, comprobar todo de nuevo, con el fin de evitar cualquier error en la interpretación, y releer la traducción innumerables veces, a fin de que quede lo más perfecta posible.

Es decir, puesto que el original es una obra de arte, la traducción también debe serlo, y crear una obra de arte lleva su tiempo.

Puede decirse que quien no conozca la lengua y la cultura japonesa, ni haya tenido la experiencia de dedicarse a su traducción directa a alguna lengua occidental, no puede ni imaginarse el esfuerzo y preparación que supone.

Sin embargo, a pesar de todas estas dificultades, la traducción literaria, en general, y la traducción de literatura japonesa al español, en particular, salvo honrosas excepciones, puede decirse que no está valorada en absoluto, como ya hemos mencionado anteriormente, ni por el mundo académico, ni por el mundo editorial.

En el mundo académico, tanto en Japón como en España, no sólo no está valorada la traducción, sino que se menosprecia.

Esto lo demuestra el hecho de que, en algunos casos, las traducciones no sólo no cuentan en el currículum, sino que incluso pueden puntuar de forma negativa.

Valoración de la traducción literaria del japonés al español.

La razón es que no se reconoce la traducción literaria como una manifestación artística y se piensa que cualquiera, por el mero hecho de ser nativo, puede traducir a su lengua una obra literaria. Craso error.

Huelga decir que, si la traducción literaria de cualquier lengua al castellano requiere capacidad, vocación y sensibilidad, cuánto más la del japonés, de la que son capaces muy pocas personas.

Por este motivo, un traductor concienzudamente preparado y que ejerce su trabajo rigurosamente, corre el peligro de ser etiquetado como “un simple traductor” debido a esta ignorancia.

Por otra parte, incluso profesores de gran fama en España, en vez de apreciar el valor cultural de estas traducciones, ven como una “rareza” el que alguien se dedique a este tipo de traducción; efectivamente “la gente desprecia lo que ignora” o interpreta cualquier mérito ajeno como una flecha que apunta directa a su propia mediocridad.

Aunque pueda parecer increíble, en un currículum cuenta mucho más cualquier artículo o ponencia escrita apresuradamente en una semana y sin conocimientos sólidos, que una traducción del original de elevado nivel de dificultad en la que se ha empleado un año o dos años de trabajo intenso, que es lo que se suele tardar en traducir una obra japonesa al español de unas 200 páginas.

Increíble, pero cierto. Quien lo ha experimentado, lo sabe.

Así de retrasado está todavía el mundo académico, para vergüenza y desazón de los que en él tenemos que seguir bregando.

En el mundo editorial la situación no es mejor.

En primer lugar hay que tener en cuenta que muchos editores no son grandes intelectuales, sino más bien, grandes empresarios.

Por una parte, no son capaces de apreciar, o no les conviene apreciar, la diferencia entre una traducción directa del original y una traducción indirecta.

Véase a este respecto, en el capítulo titulado “Traducciones indirectas y errores en la traducción”, la cantidad de disparates que pueden producirse a causa de traducir de versiones no originales y a causa de la falta de preparación de algunos traductores.

Son muchas las editoriales que, además, no tienen ni siquiera la honradez de especificar claramente de dónde proviene la traducción, dejando de forma ambigua: “traducción de fulanita o fulanita”.

Creo que, a medida que aumenta el nivel de exigencia de los lectores, las editoriales deberían tener la honradez de especificar “traducción del original” o “traducción del inglés o francés”.

Así el lector exigente, el estudioso, ya sabe a qué atenerse respecto al texto.

Por otra parte, como los editores ni valoran ni se hacen idea de lo que cuesta traducir del original japonés, cuando piden una traducción directa, dan unos plazos ridículos para acabarla.

Valoración de la traducción literaria del japonés al español.

Es evidente que para una editorial es mucho más rápido y, sobre todo, económico, encargar una traducción de otra lengua que no conlleve el inacabable y minucioso trabajo del original japonés.

Algunas así lo hacen, pero ¿es justa la desventaja para las que se esfuerzan en publicar traducciones del original?

Además, como el mercado editorial tiene sus momentos cumbre para las ventas, en muchos casos no pueden esperar a que se hagan traducciones del original.

Por ejemplo, algunos autores japoneses, como Mishima Yukio, Kawabata Yasunari, Ooe Kenzaburo, etc., se han hecho famosos en Occidente de la noche a la mañana debido a la concesión del Premio Nobel u a otras causas.

Surge, entonces, un repentino interés de los lectores y, si no se aprovechan esos momentos en que tal autor está de moda, piensan que ya no van a vender con tanta facilidad.

Es decir, es más importante el aspecto comercial-temporal que el valor cultural de una traducción del original.

Sin embargo, tanto la literatura como la traducción, son manifestaciones artísticas que poco tienen que ver con las modas.

A mi modo de ver, creo que vale la pena esperar un poco más y tener la obra traducida del original que pasará a la historia como obra de arte que es.

Otro aspecto que no podemos silenciar es que algunas editoriales se permiten hacer correcciones en los trabajos de los traductores.

En algunos casos tienen al menos el detalle de consultar con el traductor antes de la publicación, pero en otros, corrigen y sin previa consulta, publican el libro.

Valoración de la traducción literaria del japonés al español.

Esto indica, en principio, un escaso o nulo respeto por el trabajo del traductor, debido, evidentemente, a la ignorancia.

En primer lugar, hay que tener en cuenta que el traductor literario conoce ambas lenguas, el japonés y el español, y ha desarrollado un trabajo metódico y concienzudo eligiendo con cuidado cada palabra, cada frase en todos sus aspectos, incluso en su sonoridad.

Sin embargo, la persona que hace las correcciones, en vez de corregir y mejorar la traducción, lo que hace es desbaratarla y echarla a perder, a causa de las siguientes razones: en principio no sabe japonés y desconoce las razones del traductor para elegir tal o cual palabra.

Tampoco suele ser especialista en lengua española, y sus correcciones se basan más en criterios personales totalmente arbitrarios que en sólidos y profundos conocimientos.

Es increíble que sucedan estas cosas, pero, para desespero de quien ha traducido minuciosa y rigurosamente, así es la realidad.

Por tanto, pedimos encarecidamente que, si estiman imprescindible la presencia de un corrector, por lo menos que busquen a una persona con un nivel igual o superior al del traductor.

Es vergonzoso e indignante que cualquier funcionario de una editorial, sin conocer el japonés ni ser especialista en español, se ponga a dar lecciones a los traductores expertos.

A este respecto, el famoso traductor Fernando Rodríguez-Izquierdo y Gavala, al recibir el Premio Noma de Traducción (1996), comenta la reseña del profesor Sasaki Takashi, que señala su diversidad estilística entre la traducción de “El rostro ajeno<sup>1</sup>” de Abe Koobo y “La caza del carnero salvaje<sup>2</sup>” de Murakami Haruki con las siguientes palabras:

*“Debo aclarar que estoy más satisfecho de la primera traducción mencionada que de la segunda, pues en ésta última (que había sido anterior en cuanto a la fecha de publicación) intervino excesivamente la editorial (Anagrama) por medio de un corrector de estilo que deformó no poco mi trabajo, incluso en el título de la obra<sup>3</sup>”.*

Sin embargo, aquí no acaban las crueldades a que nos vemos sometidos los traductores de literatura japonesa por parte de las editoriales.

Otro aspecto digno de mención es la completa ignorancia de la literatura y cultura japonesa en España en general, y en muchos sectores del mundo editorial.

---

<sup>1</sup> Abe Koobo, *El rostro ajeno*, trad. del japonés de Fernando Rodríguez-Izquierdo, Siruela, Madrid, 1994.

<sup>2</sup> Haruki Murakami, *La caza del carnero salvaje*, trad. del japonés de Fernando Rodríguez-Izquierdo, Anagrama, Barcelona, 1992.

<sup>3</sup> Fernando Rodríguez-Izquierdo “Comentario sobre las declaraciones del jurado que me otorgó el Premio Noma de traducción” (1996).

Véase asimismo Fernando Rodríguez-Izquierdo “Impresiones de un traductor”, *Vasos comunicantes*, núm. 7, Otoño 1996, p. 51.

Sobre las deformaciones en el trabajo a que hace referencia el traductor, véase el apartado titulado “Efecto estético y sonoridad en la traducción”, dentro del Plano fónico. Y en cuanto al título de esta obra, véase el apartado titulado “Traducción de los títulos de las obras literarias” en el Plano semántico.

Como ejemplo de esta ignorancia supina que clama al cielo, permítaseme contar la siguiente anécdota:

Un traductor de literatura japonesa al español tradujo la gran obra de épica clásica “*Heike monogatari*”<sup>4</sup>, labor en la que empleó unos quince años de trabajo intenso.

Cuando fue a presentarla a una de las más prestigiosas editoriales españolas, le dijeron que “no les interesaba nada de “*Heidi*”, pero si aún así estaba interesado en publicarla debía aportar unos diez millones”.

Léase de nuevo esta respuesta del editor y percátese el lector de la gran cantidad de disparates que contiene en tan pocas palabras.

En primer lugar, “*Heike monogatari*” es una obra épica de la misma magnitud en la cultura japonesa que “La Iliada” o “La Odisea” en el mundo clásico, o que el “Poema de Mío Cid”, “El Cantar de Roland” o “El Cantar de los Nibelungos” en las literaturas española, francesa o alemana, respectivamente.

Sin embargo, el responsable de esta prestigiosa editorial confunde esta obra, tesoro de la literatura universal, con “*Heidi*, la niña de los Alpes”, la serie infantil japonesa de dibujos animados que los españoles de mi generación vimos en la infancia.

En segundo lugar, después de emplear quince años de intenso trabajo en la traducción de una de las obras maestras de la literatura universal, el editor le dice al traductor que, en caso de querer publicarla, debe aportar diez millones de su bolsillo.

---

<sup>4</sup> 『平家物語』高橋貞一校注、講談社文庫、2冊、1972.



Valoración de la traducción literaria del japonés al español.

¿En qué mundo vivimos? ¿De aquí debe deducirse que mientras otras personas trabajan para ganarse el pan, los traductores literarios no sólo no cobramos por nuestro trabajo, sino que debemos pagar para poder trabajar?

Este hecho ya indica por sí solo hasta que punto está menospreciada la traducción.

¡Menos mal que se dirigió a una de las editoriales de más prestigio!

La remuneración del traductor de literatura japonesa es otro aspecto peliagudo.

Se supone que su labor debe ser mejor pagada que en el caso de una traducción de una lengua occidental por encerrar mayores dificultades y llevar mucho más tiempo de estudio.

Sin embargo, esto dista mucho de la realidad. En muchos casos nos vemos obligados aceptar cantidades irrisorias por nuestro trabajo o también a traducir de forma gratuita.

Es de sobra conocido que los traductores literarios muy raramente pueden ganarse la vida con este trabajo.

Por este motivo, la mencionada “vocación” adquiere su máxima expresión en el caso de la traducción literaria del japonés al castellano, ya que, el traductor debe compaginarla con otros trabajos que le aseguran el pan y para ello dedicarle los preciosos momentos que podría dedicar al ocio y al descanso.

Tampoco son raros los casos en que algunos traductores de literatura japonesa han pagado de su propio bolsillo la publicación de sus obras.

Este es el caso del traductor P. Jesús González Valles, que autofinanció la publicación de su obra “Yo soy un gato<sup>5</sup>”, de Natsume Sooseki.

También aquí debemos mencionar el caso de la periodista, escritora, traductora y editora Montse Watkins, que creó su propia editorial en Japón “Luna Books”, con el objetivo de difundir la cultura japonesa entre los hispanohablantes a través de traducciones directas del japonés y otros trabajos.

En una entrevista en julio de 1994<sup>6</sup>, tras la publicación de su primera traducción, la antología “Tren nocturno de la vía Láctea<sup>7</sup>” de Miyazawa Kenji, ante la pregunta: “¿Qué te llevó a abrir una nueva editorial?”, responde:

*“Dos motivos. Por un lado, la impotencia creada después de tres años de presentar mi traducción a diversas editoriales (en España) que no mostraron interés, pero que tampoco ofrecieron ninguna razón convincente de su negativa.*

*Por otro lado, cuando supe que tenía cáncer, la idea de tener la muerte cercana me hizo pensar que debía cumplir ese sueño que durante tantos años he tenido pendiente”.*

---

<sup>5</sup> Centro de Estudios humanísticos, Universidad Seisen, Tokio, 1974.

Esta versión se ha vuelto a publicar bajo el título:

- *Yo, el gato*, Trotta, Madrid, 1999.

<sup>6</sup> “Diálogos Hispano-Japoneses”, núm. 2, Julio 1994, p. 14-15.

<sup>7</sup> Luna Books - Gendaikikakushitsu, Tokio, 1a. ed., 1994.

Desde entonces hasta poco antes de su fallecimiento en noviembre de 2000, Montse Watkins trabajó intensamente durante seis años, en los cuales publicó once traducciones suyas<sup>8</sup>, más algunas de otros traductores<sup>9</sup>, así como otros trabajos suyos de gran interés sobre la cultura japonesa<sup>10</sup> y dos de sus libros de relatos<sup>11</sup>.

Durante este tiempo luchó contra el tiempo y la enfermedad, superando todo tipo de problemas para sacar adelante la editorial.

Salvo escasas ocasiones en que contó con la financiación económica de The Japan Foundation (*Kokusai kooryuu kikin*, 国際交流基金), ella pagó con sus ahorros la publicación de la gran mayoría de las obras.

---

<sup>8</sup> Kenji Miyazawa, *Tren nocturno de la vía láctea*, 1994.

Ryuunosuke Akutagawa, *El dragón*, 1995.

Soseki Natsume, *Soy un gato*, 1996.

Kenji Miyazawa, *Historias mágicas*, 1996.

Yakumo Koizumi, *Historias misteriosas*, 1996.

Toson Shimazaki, *El precepto roto*, 1997.

Yakumo Koizumi, *La linterna de peonía*, 1998.

Anónimo, *Leyendas de Tokio*, 1998.

Anónimo, *Leyendas de Kamakura*, 1998.

Osamu Dazai, *Indigno de ser humano*, 1999.

Osamu Dazai, *El ocaso*, 1999.

Kenji Miyazawa, *El mesón con muchos pedidos*, (en colaboración con Elena Gallego), 2000.

<sup>9</sup> Soseki Natsume, *Botchan*, trad. Fernando Rodríguez-Izquierdo, 1997.

Saneatsu Mushanokoji, *Amistad*, trad. Elena Gallego y Fernando Rodríguez-Izquierdo, 1998.

Ogai Mori, *El barco del río Takase*, trad. Elena Gallego, 2000.

<sup>10</sup> *Pasajeros de un sueño*, 1994, publicado originalmente en japonés con el título

*Hikage no nikkeijin*, (日陰の日系人), 1994.

¿*El fin del sueño? Latinoamericanos en Japón*, 1999. (Actualización del libro anterior). Publicado posteriormente en japonés bajo el título *Yume no yukue*, (夢の行方), Gendaikikakushitsu, 2000.

Además de estos libros, Montse Watkins publicó de forma gratuita una columna semanal durante cinco años en el periódico en español *International Press* de Tokio.

<sup>11</sup> *El portal rojo*, 1994.

*Las gafas rotas*, 1996.

Valoración de la traducción literaria del japonés al español.

Y de haber tenido mayores posibilidades económicas y mejor salud, aún hubiera podido publicar mucho más, puesto que tenía una increíble capacidad de trabajo.

Sus últimos años han sido verdaderamente todo un ejemplo de generosidad y sacrificio por conseguir un ideal.

Por otra parte, una de sus grandes preocupaciones era la difusión de las traducciones de Luna Books en España, para lo cual ofreció a varias editoriales famosas la publicación de estas obras.

Ninguna de ellas se dignó siquiera responderle.

Yo supe por primera vez de Montse gracias a la entrevista antes mencionada, en la revista “Diálogos Hispano-Japoneses”.

En aquella época yo llevaba unos años estudiando lengua y cultura japonesa y, fascinada por la lectura de literatura japonesa en español, especialmente, las traducciones del profesor Rodríguez-Izquierdo, acariciaba el sueño de convertirme en traductora.

Al leerla pensé que aquello era exactamente lo que yo quería hacer en el futuro. Enseguida me puse en contacto con ella y a partir de entonces fuimos grandes amigas. Poco tiempo después empecé a colaborar con ella en Luna Books.

Recuerdo que a menudo me decía: “¿Qué va a quedar de nosotras cuando muramos? Debemos esforzarnos por hacer un gran trabajo que quede para la posteridad”.

Valoración de la traducción literaria del japonés al español.

Efectivamente, Montse sigue viva entre nosotros a través de los numerosos libros de Luna Books, hechos todos ellos con gran rigurosidad esfuerzo y sacrificio, y, sin duda, pueden considerarse un hermoso legado de gran valor cultural de Montse a los hispanohablantes.

Sin embargo, no todos los traductores de literatura japonesa han desarrollado su trabajo en las circunstancias hasta ahora descritas.

Valga como ejemplo el caso de Arthur Waley, famosísimo traductor de literatura china y japonesa al inglés.

“Salvo *170 Chinese Poems*, todos los libros de Waley fueron publicados por la editorial Allen & Unwin, al mando de la cual estaba uno de esos editores que hacen historia, sir Stanley Unwin (1884-1968).

Dicho esto, hay que reconocer que lo que podemos llamar el “fenómeno Waley” fue posible en gran medida gracias a la amplitud de miras de sir Stanley, quien vio de inmediato el mérito y las posibilidades de su colaborador y supo dar la salida más adecuada a sus traducciones, la mayoría de las cuales se reeditaron numerosas veces.

Sin este apoyo decidido por parte de un editor “comercial” es posible que los libros de Waley no hubiesen llegado a un público tan amplio, o que él hubiese perdido todo interés por la traducción”<sup>12</sup>.

---

<sup>12</sup> José Manuel de Prada Samper, “Arthur Waley (1889-1966)”, *Vasos comunicantes*, núm. 16, Madrid, verano 2000, p. 22.

Arthur Waley desarrolló su actividad como traductor durante tres décadas, entre los años veinte y cincuenta del siglo XX, y ahora, cincuenta u ochenta años después, en las mismísimas puertas del nuevo siglo y nuevo milenio, en plena época de la internacionalización, **¿no es vergonzoso que haya tanto desconocimiento de la literatura japonesa en España?**

Y la situación a que nos vemos sometidos en el mundo académico y editorial los escasos traductores de literatura japonesa al español, **¿no indica un grave retraso cultural?**

Pienso que es absolutamente necesario que en España y en otros países nos demos cuenta del valor de ofrecer al lector traducciones directas de calidad que permitan apreciar en toda su riqueza de matices las obras de la literatura japonesa, y de la necesidad de crear departamentos de Estudios Japoneses y no ir siempre a la cola de otros países.

Mientras, en el caso del inglés, existe una antigua tradición de traducción directa del japonés que data de la era Meiji (1868-1912), (Waley fue el relevo del sinólogo victoriano por excelencia, Herbert A. Giles (1845-1935), quien, a lo largo del S. XIX, había dado a conocer las primeras traducciones al inglés más o menos fieles de los clásicos chinos<sup>13</sup>), en castellano hay muy pocas obras, y el número de traductores competentes es muy reducido.

---

<sup>13</sup> Ibid., p. 21.

Valoración de la traducción literaria del japonés al español.

A la luz de todas estas reflexiones, cabe preguntarse:

¿Por qué embarcarse en tan ardua y poco reconocida labor?

Por la ilusión de comunicar algo nuevo y valioso, una faceta distinta de la existencia humana que queremos compartir con el mayor número posible de lectores, con la esperanza de que puedan disfrutar de la enorme riqueza de la cultura japonesa, atravesar tiempos y espacios a través de las emociones y sentimientos de otras almas que vivieron en distintas culturas y épocas, sin moverse de casa, en su entrañable sillón.

Dicho en una palabra: **porque la traducción literaria es una vocación.**

Como dijo Arthur Waley:

“lo que importa es que el traductor se sienta estimulado por la obra que traduce, que el sentimiento de que debe verterla a su propia lengua le acose día y noche, y que siga en este estado de desasosiego e inquietud hasta que la haya traducido<sup>14</sup>”.

---

<sup>14</sup> Arthur Waley “Apuntes sobre la traducción”, trad. José Manuel de Prada, Vasos Comunicantes, núm. 16, Verano 2000, Madrid, p. 18.

## Valoración de la traducción literaria del japonés al español.